

CAPÍTULO II

FIGURAS DE PALABRA

I

Idea y división de las figuras de dicción.

Por la definición que acabamos de dar de las figuras de palabra, se comprenderá que no se habla aquí de la construcción puramente gramatical de la frase, sino de la manera de disponer las palabras, por cuya virtud adquiere la oración una forma ó modificación particular. De la disposición que se da á las palabras, no sólo resulta el pensamiento con más gracia y energía, sino que tiene también más vida y animación, y cuando le falta esa cualidad, aparece frío y sin movimiento. Así como las distintas posiciones de los pies y de las manos, la buena actitud del cuerpo y de la cabeza son accidentes tan importantes que dan á una estatua la animación y la vida, esto mismo, y mucho más, hacen estas figuras en la oratoria. Embellecen y animan, embargan la razón y la fantasía, dan como flexibilidad al discurso más tirante, vuelven suaves y apacibles las verdades más severas; en una palabra, por medio de ellas el orador se apodera del alma del oyente y le hace abrazar con gusto todo lo que le propone.

Las figuras de dicción nacen:

1.º De la adición ó supresión de palabras.

2.º De la repetición de las palabras.

3.º De la combinación ó analogía la cual puede resultar á su vez: *a*), del sonido; *b*), de los accidentes gramaticales; *c*), de la significación.

II

Figuras de dicción por adición y supresión.

Corresponden á esta clase el *asindeton*, el *polisindeton* y el *epíteto*.

Asindeton (1).—Esta figura, llamada también *disyunción* ó *disolución*, consiste en suprimir las conjunciones para dar rapidez al estilo. Cuando el ánimo está muy preocupado de alguna idea vehemente, suele usar más esta figura que su contraria, porque en tal caso es natural procurar desembarazarse de toda especie de trabas, á fin de poder expresar con rapidez la idea que preocupa. Así, San Juan Crisóstomo (2), discurrendo sobre el inefable misterio de la Encarnación y deseando manifestar que el Señor no obró en él, según las leyes generales, lo hace con este rapidísimo y elocuentísimo rasgo: «Pudo, quiso, bajó, salvó.»

Polisindeton (3). — Esta elegancia, que también se conoce con el nombre de *conjunción*, tiene lugar cuando aislamos en cierto modo los objetos, repitiendo las conjunciones, lo cual aumenta la energía. Es de muy buen efecto esta figura, pero debe usarse con parsimonia. Precioso es el siguiente ejemplo. El profeta Nahum, describiendo la furiosa entrada de los caldeos en la ciudad de Nínive, emplea esta brillantísima figura: «Voz de

(1) De las palabras griegas *a*, sin, y *syndeton*, vínculo.

(2) *De Div. gener.*

(3) De las palabras *polys*, mucho, y *syndeton*, vínculo.

azote y voz de ímpetu, de rueda y de caballo que relincha; y de carro encendido y de caballería que avanza. Y de espada reluciente y de lanza relumbrante y de muchedumbre de muertos y de grande estrago.»

Epíteto (1).—Es una expresión que indica las cualidades de las cosas, no en abstracto, sino como inherentes á las cosas mismas.

Se puede dar el nombre de *epíteto* á los adjetivos solos ó acompañados de una modificación más ó menos larga, á los sustantivos de adposición, á los complementos indirectos y á las proposiciones incidentales, siempre que expresen una cualidad cuya idea queremos excitar, separadamente de las otras que excita el nombre sólo del objeto. Sin embargo, en retórica no se llaman por lo común epítetos, sino los adjetivos ó solos ó modificados, y los sustantivos de adposición. Pero cuanto de ellos se diga puede también aplicarse á los complementos y á las proposiciones incidentales.

Téngase presente que epíteto y adjetivo no siempre son una misma cosa: muchas veces hay epíteto sin que haya en la frase ningún adjetivo, como en este ejemplo, diciendo de Cervantes que es *perla de la literatura española*; y otras veces los adjetivos no son epítetos, como cuando unidos á un sustantivo, expresan la idea total del objeto, y no indican con separación ninguna cualidad suya, ó cuando sólo expresan el atributo de las proposiciones.

El recto uso de los epítetos es punto muy capital en materia de estilo. He aquí las reglas que deben tenerse presentes para emplearlos con acierto: 1.^a, han de ser oportunos é interesantes; 2.^a, han de ser propios; 3.^a, no han de ser vagos; 4.^a, no han de ser repugnantes al objeto al cual se aplican; 5.^a, no han de ser inútiles; 6.^a, no deben acumularse muchos sobre un mismo

(1) De la palabra griega *epithetos*, agregado.

objeto; 7.^a, deben evitarse los demasiado comunes; 8.^a, no se han de multiplicar demasiado, ni se distribuirán con monótona simetría y bajo una misma forma.

Los epítetos que no dan gracia, fuerza, dignidad ó nobleza á la oración, los que nada dicen, los que nada explican, los que no hacen falta, estorban, debilitan el vigor del discurso.

Los escritores estériles de ideas y de flaco ingenio, dice Capmany, suelen ser pródigos de epítetos, creyendo que así visten la desnudez del período y enriquecen la pobreza de sus conceptos (1).

III

Figuras de dicción por repetición.

En todas las figuras de dicción por *repetición* se repite una misma palabra en la cláusula; y según el lugar en que dicha palabra se coloca, recibe la figura los distintos nombres de *anáfora*, *conversión*, *compleción*, *reduplicación*, *conduplicación*, *epanadiplosis*, *concatenación* y *retruécano*.

Anáfora (2).—Esta figura, que otros llaman *repetición*, consiste en repetir la misma palabra al principio de cada frase: sirve para insistir sobre un mismo pensamiento ó para expresar con mayor fuerza una pasión viva, un sentimiento profundo, etc. Porque cuando una

(1) A las anteriores figuras añaden algunos la *adjunción*, verdadera zeugma de los gramáticos, que consiste en sobreentender un mismo verbo en diferentes oraciones, como cuando dice Fray Luis de Granada: «Veréis vendidas las leyes, despreciada la verdad, perdida la vergüenza, extragadas las artes, adulterados los oficios y corrompidos en muy gran parte los Estados.»

(2) De las palabras griegas *ana*, á la cabeza, y *fero*, llevar.

idea es interesante ó, aunque no lo sea, el ánimo está muy preocupado de ella, es muy natural repetir varias veces el término que la expresa. Es de uso frecuente, y si está bien empleada, es de grande efecto para imprimir en el ánimo de la persona á quien hablamos la idea que queremos comunicarle. Así, Fray Luis de Granada, inculcando la verdad de que los buenos gozarían del premio eterno y los malos de eterno castigo, dice: «Esta es una sentencia que á cada paso repiten las Escrituras divinas: *esto* cantan los Salmos: *esto* dicen los Profetas: *esto* anuncian los Apóstoles: *esto* repiten los Evangelistas.»

Conversión.—Consiste en repetir una misma palabra del final de los miembros del período. Sirve para lo mismo que la anterior, pero se usa más raras veces porque es menos natural. Sin embargo, empleada con oportunidad, es de buen efecto, como se ve en la siguiente, en que Fray Luis de Granada, refiriendo lo que Jesucristo hizo por nosotros, dice: «Porque aunque le debes mucho por lo que por ti *padeció*, mucho más le debes por el amor con que lo *padeció*. Y aunque fueron tan grandes los tormentos de su pasión, mucho mayor fué el amor de su corazón, y así amó más que *padeció*.»

Compleción.—Consiste en que dos ó más miembros de una cláusula empiecen con una misma palabra y acaben también con otra que es también la misma en todas ellas, aunque distinta de aquella con que se empiezan. Su objeto es el mismo que el de las anteriores, pero se usa aún menos que la conversión, porque descubre más artificio. Fray Luis de Granada, hablando de las bellezas y de las maravillas del mundo, dice: «Por cierto, Señor, *el que* tales voces no oye, sordo *es*; y *el que* con tan maravillosos resplandores no os ve, ciego *es*; y *el que* vistas todas estas cosas no os alaba, mudo *es*; y *el que* con tantos argumentos y testimo-

nios de las criaturas no conoce la nobleza de su Criador, loco *es*.»

Reduplicación.—Se comete repitiendo consecutivamente la misma palabra en la misma oración. Donoso Cortés, describiendo la revolución romana del año 48, exclamó: «Ha trocado el trono de los Pontífices por el trono de los demagogos. Rebelde á Dios, ha caído bajo la idolatría del *puñal*. Eso ha hecho. El *puñal*, señores, el *puñal* demagógico, el *puñal* sangriento es hoy el *ídolo* de Roma; es el *ídolo* que ha derribado á Pío IX; es el *ídolo* que pasean por las calles tropas de caribes, ¿dije caribes? dije mal: que los caribes son feroces, pero los caribes no son ingratos.»

Conduplicación.—Consiste en repetir al principio de una oración la última palabra de la precedente, como en este ejemplo: «No malogréis, jóvenes, el *tiempo*, el *tiempo* cuyo precio no conocéis aún.»

Epanadiplosis (1).—Consiste en que la última palabra de una frase sea igual á la primera. Ejemplo: «*perdido* es quien anda con el *perdido*.»

Concatenación.—Tiene lugar cuando varios incisos ó miembros empiezan con las últimas palabras del antecedente. Fray Luis de Granada, al explicar por qué al Espíritu Santo se atribuye toda la justificación del hombre, dice: «El es quien *previene* al pecador con su misericordia, y *prevenido* le llama, y llamado le *justifica*, y *justificado* le guía derechamente por las sendas de la justicia.»

Retruécano.—Consiste en que una frase esté compuesta de las mismas palabras que la precedente, pero invertido el orden, los casos ó los tiempos. Méndez Núñez, en la bahía del Callao, dijo: «España quiere más *honra* sin *barcos* que *barcos* sin *honra*.»

(1) De las cuatro palabras griegas *epi*, después, *ana*, á la cabeza, *dis*, dos veces y *ploo*, doblar.

Como es fácil conocer, todas esas figuras no constituyen rigurosamente más que una sola, á saber: la *repetición* que toma diferentes nombres según la diversa combinación de las palabras repetidas. El buen escritor no ha de rebuscar estas formas; han de brotar, por decirlo así, de su pluma, han de ser sugeridas por la pasión, que cuando no es fingida, sino real y verdadera, naturalmente insiste en las ideas que más vivamente interesan al espíritu; las voltea de mil maneras y vuelve á ellas una y otra vez, buscando un desahogo y anhelando transmitir á los demás las conmociones ardientes que experimenta.

IV

Figuras de dicción por combinación ó analogía.

Las figuras de dicción por combinación consisten en reunir en la cláusula palabras análogas que pueden serlo de tres modos: *a)*, por el sonido; *b)*, por los accidentes gramaticales; *c)*, por la significación.

a). Por el sonido:

Aliteración.—Tiene lugar esta figura cuando en varias palabras reunidas se repite una misma letra, sea vocal ó consonante, como en este ejemplo de Balbuena: «Y de mí mismo yo me corro agora agora.»

Asonancia.—Consiste en que dos ó más frases de una cláusula terminen en voces cuya última ó últimas sílabas son idénticas. Fray Luis de Granada, en la meditación del juicio final, hace prorrumpir al Salvador en estas palabras, dirigiéndose á los malos: «Llameos tantas veces y no me respondisteis, toqué á vuestras puertas y no despertasteis, extendí mis manos en la cruz y no las mirasteis.»

Equívoco.—Se comete usando una palabra equívoca,

en dos diferentes acepciones. Ejemplo: «Doy el parabién á V. E. de esta sentencia, que en todo Séneca no he hallado otra tan buena: V. E. es *Duque* del Infantado, *Duque* de Lerma, *Duque* de Cea y *Duque* de Mandas; que siendo cuatro *ducados* hacen cuarenta y cuatro *reales* y un *real* más con el de Manzanares.»

Paronomasia (1).—Tiene lugar esta figura cuando en una misma cláusula se encuentran dos ó más palabras que suenan casi lo mismo. Ordinariamente sirve para llamar la atención hacia la segunda, mas debe usarse rarísimamente, sobre todo en pasajes serios. Ejemplo: «El abusar de la autoridad y del poder no es *acatar*, sino *atacar* las leyes.»

b). Por los accidentes:

Derivación.—Se comete empleando en una cláusula varios derivados de un mismo radical, como se ve en el proverbio siguiente: «El hombre *propone* y Dios *dispone*.»

Políptote (2).—Consiste en emplear una palabra bajo varias formas gramaticales en una misma cláusula. Sirvan de modelo estos versos de Santa Teresa:

«Quien no tiene ser juntáis
con el ser que no se *acaba*;
sin *acabar*, *acabáis*;
sin tener que *amar*, *amáis*;
engrandecéis nuestra nada.»

Similicadencia.—Consiste en que varias frases de una cláusula terminan con nombres puestos en el mismo caso, ó por verbos en los mismos tiempos y personas. Hablando Fray Luis de Granada de los padecimientos de María Santísima al pie de la cruz, apostrofa al Señor

(1) De las palabras griegas *para*, cerca de, y *onoma*, nombre.

(2) De las palabras griegas *polys*, nombre, y *ptosis*, caso.

en estos términos: «Serenad, Señor, aquel cielo *obscurido*; descubrid aquella luna *eclipsada*; deshaced aquellas espesas nieblas de su alma *entristecida*; enjugad las lágrimas de aquellos virginales ojos; mandad que vuelva el verano florido, después del tempestuoso invierno.»

c). Por significación:

Metábola (1).—Esta figura, llamada también *sinonimia*, consiste en reunir en una cláusula varias palabras sinónimas, para expresar una misma idea, como en este ejemplo: «La imagen fatal del homicidio, presente día y noche á su amedrentada conciencia, le acusa, le confunde, hiere su espíritu de un vértigo... Es un delito que rompe, destruye, despedaza los vínculos sociales en su misma raíz.» Esta figura supone al espíritu muy lleno de la idea que quiere comunicar, y como no le satisface ningún signo para expresarla, echa mano de otros, que vayan reforzándolo por grados, para hacer sentir á los demás la agitación que le domina. De ahí es que cuando apenas hay diferencia perceptible entre los términos sinónimos, lejos de ser esta forma una belleza, constituye un verdadero vicio, fecundo origen del estilo vago.

Paradiástole (2).—Se comete cuando al reunir términos sinónimos, se indica que no lo son, haciendo notar su diferencia, como si decimos: «A Dios no basta quererle, es menester amarle», pues con este modo de hablar indicamos claramente que la significación de los verbos *querer* y *amar* no es idéntica, y, en efecto, no lo es; porque *amar* supone siempre cierta inclinación algo vehemente hacia un objeto: el simple *querer* no.

Es necesario mucho discernimiento y gusto para el buen uso de estas figuras, porque de otra suerte fácil-

(1) De la palabra griega *metábole*, cambio.

(2) De la palabra griega *paradiástole*, distinción.

mente degenerará en vicio aquello mismo que en determinadas ocasiones se recomienda como una belleza.

Cuadro analítico de las figuras de dicción.

Figuras de dicción por	{	Adición y supresión.....	{	Asindeton, polisindeton y epiteto.	
		Repetición.....		Anáfora, conversión, complexión, reduplicación, conduplicación, epanadiplosis, concatenación y retruécano.	
	{	{	Del sonido....	{	Aliteración, asonancia, equivoco y paronomasia.
			Combinación ó analogía.....		De los accidentes gramaticales.....
		De la significación.....	{	Metábola y paradiástole.	